

## UNA BRÚJULA IMPRESCINDIBLE PARA EL UNIVERSO PESSOA

Antonio Sáez Delgado (2015)

*Pessoa y España*

(Valencia, Pre-Textos)

A medida que se aleja el siglo xx, la construcción de su imaginario resulta una tarea inevitable. No es el pasado literal, decía George Steiner, el que nos gobierna. Son sus imágenes que, a veces, están tan estructuradas y son tan selectivas como lo son los mitos. Toda nueva era se mira en el retrato y en la mitología activa de su pasado. Lo convencional de una cronología hecha a golpes de calendario se erige en el compartimiento ordenador de saberes y filiaciones. Decir que el siglo xx es el siglo de Pessoa, como también el de Borges o el de Kafka, no parece una exageración a tenor de su presencia reiterada para significar la creación y el pensamiento de la centuria pasada. Abada Editores de Madrid, la misma editorial que da a conocer la obra completa de Walter Benjamin, está publicando, en edición bilingüe, la obra completa de Pessoa. Los editores y prologuistas de este proyecto en marcha no pertenecen a la nómina de lusitanistas, son más bien traductores y pensadores de un radio indistinto de la cultura europea del siglo xx. Esta editorial madrileña se suma al interés por el escritor lisboeta que han mostrado en la última década importantes catálogos de nuestro país como son los de Acantilado / *Quaderns Crema* de Barcelona o el de Pre-Textos de Valencia. La constelación del *drama em gente* es imprescindible en catálogos en que, me atrevería a decir, lo portugués, la tradición lingüística y cultural lusa, ha dejado de ser la piedra de toque de su recepción. Quizás sea el viso del cumplimiento del imperio cultural portugués —¿quién sabe?— que vislumbró el poeta.

Ciertamente la actual es una situación muy distinta a la recepción en España del escritor portugués durante el llamado *boom Pessoa* —y su estimable resaca— o, claro está, a la singular recepción del autor portugués en vida y durante su singladura como escritor casi oculto hasta los años setenta, cuando era asumida básicamente por los más destacados lusitanistas sin alcanzar un conocimiento generalizado. Es este periodo más opaco, sin el áurea de escritor

européico, en el que el profesor de la Universidad de Évora, Antonio Sáez Delgado, centra su análisis.

Si hay algo que Sáez ha reivindicado no solo en este estudio sino a lo largo de su trayectoria como investigador es la complejidad, la madeja de un sinnúmero de nombres, voluntades o situaciones, en las que se han ido trazando las relaciones culturales entre España y Portugal. No valen las generalizaciones o un gran relato que instituya un marco ibérico, estructurado y selectivo. Las historias menudas o los nombres rescatados del olvido apuntalan las grandes figuras o las obras canonizadas. La marcha de esta historia cultural ibérica viene determinada más por pequeñeces que, en el decir de Stefan Zweig, por «momentos estelares».

Hace ya unos años Sáez utilizó la imagen de los vasos comunicantes para explicar las relaciones entre los distintos focos de la modernidad peninsular ibérica de las tres primeras décadas del siglo xx. Y así es: los *orfistas* portugueses o los ultraístas andaluces mantuvieron un interesante y puntual diálogo que debe tenerse presente no solo en el marco de relaciones culturales entre ambos países, sino fundamentalmente en la definición y en el tratamiento de la misma modernidad como fenómeno transnacional. En este sentido, y como Sáez sostiene en su ensayo, el papel de Adriano del Valle es ejemplar. El epistólico vanguardista, fantoche de la poesía más epidérmica durante la posguerra más oscura, cobra otro interés como mediador cultural con la modernidad portuguesa. Hacer luz a este personaje y a su labor es dotar de inteligibilidad las historias literarias y culturales de Portugal y de España. Tradicionalmente, la historiografía literaria se ha enzarzado en «cierta fantasmagoría terminológica y crítica» (p. 19) al tratar de encajar conceptos, periodos o temas entre las dos tradiciones, sin conseguir resultados satisfactorios ni alcanzar un consenso. Un análisis contrastivo entre, por ejemplo, los conceptos de modernismo, vanguardia o simbolismo de ambos sistemas puede cargarse de dimes y diretes sin afianzar nada en claro. El trabajo de Sáez, que parte de un conocimiento solvente de las dos tradiciones, ha tratado no tanto de contrastar, como de complementar, añadir y, en definitiva, profundizar. La experiencia en el caso Pessoa nos ha enseñado hasta qué punto pueden resultar reduccionistas algunos coitejos; la comparación entre el fenómeno de heteronimia pessoana y, por ejemplo, los casos de «outrar-se» de Antonio Machado o Eugenio d'Ors nunca acaban de dirimir nada en claro. Sin embargo, como apunta Sáez, la asunción de la complejidad de un «flujo de corrientes y estéticas» nos puede permitir un entendimiento más veraz de un espacio cultural, el peninsular ibérico, más interconectado de lo que habitualmente suele presentarse.

Muchas de las relaciones culturales entre España y Portugal del siglo pasado no han pasado por conductos nítidos con una orientación precisa. Más bien la relación entre estos dos (y más) sistemas se produjo por un fenómeno que se asemeja al de la capilaridad, en el que el flujo de relaciones se infiltró por la poca o mucha porosidad entre sistemas colindantes. Quien trate de describir una península ibérica a base de sistemas culturales perfectamente orgánicos, trabados, no conseguirá atisbar la complejidad que expone Sáez. En la imagen de los vasos comunicantes se buscaba fundamentalmente la sincronización, un objetivo no siempre alcanzable y cuya consecución suele ir siempre acompañada del inevitable problema terminológico. Ajustar los relojes de los distintos fenómenos vanguardistas ha sido una de las tareas de críticos y historiadores para construir una cronología de la novedad. Sáez pone de relieve la inoperancia de esta perspectiva si con ella se pretende abarcar la totalidad de fenómenos, autores u obras; especialmente cuando intentamos explicar la modernidad ibérica que, por la propia voluntad de sus protagonistas y por el emplazamiento en que se desarrolló, es marginal respecto a los grandes epicentros vanguardistas europeos.

Más bien, como apunta Sáez a través del concepto de permeabilización, existe una capilaridad entre sistemas colindantes, en que un goteo persistente (o no) acaba por hacerse obvio; sin un conducto muchas veces oficializado o sancionado, sin tampoco un efecto inmediato, cautivo de lo nuevo como valor absoluto. No es casualidad que el primer traductor de Pessoa, Rogelio Buendía, fuera onubense y que la primera traducción del autor portugués apareciera en *La Provincia*, un rotativo clamorosamente discreto en relación con las legendarias publicaciones de la vanguardia ibérica. Y, claro está, que esa capilaridad a la que me refiero tuviera un efecto al norte, en el sistema cultural gallego, el más poroso, a primera vista, respecto a Portugal. Llegados a este punto, habría que preguntarse por la (poca) sincronización de la modernidad portuguesa en Galicia. Habría, pues, que plantearse cuáles fueron los criterios selectivos en que se desarrollaron las relaciones entre estos dos sistemas tan próximos o contiguos. Es ejemplar para exponer este marco de relaciones y, inevitablemente, el de sus limitaciones, la figura de Alfredo Pedro Guisado Rodríguez, acaso el escritor de origen gallego (y español por extensión) más cercano a Pessoa.

Más allá de los conductos habituales, quizá los contactos más llamativos entre el escritor portugués con el resto de las culturas ibérica, son los inesperados, los que no siguen el guión consabido de las revistas de la modernidad o del gremio de lusitanistas españoles que con mejor o menor tino dieron con

Pessoa. Son estos, además, los que consiguen perfilar con más nitidez los intereses más personales del poeta sin el consueto grupo. La presencia sorprendente, por ejemplo, de Diego Ruiz entre los papeles del escritor portugués sería un ejemplo. Otra, y más destacada, es la del impagable personaje de la bohemia madrileña Juan de Nogales, a quien Pessoa llegó a tratar personalmente en Lisboa. Conservó su tarjeta de visita, en la que, tras su nombre, figuraba un asombroso: «amante de los hambrientos rusos y hambriento del amor de las rusas». Trazar el itinerario de este encuentro no es un ejercicio de pintoresquismo, se trata de acabar de apurar con la mayor objetividad esas pequeñeces que configuraron al gran escritor.

Como es notorio, Miguel de Unamuno fue un escritor con un enorme peso en la opinión pública española y también en la portuguesa de las tres primeras décadas del siglo xx. El profesor de la Universidad de Salamanca disponía de una imagen del alma trágica de Portugal, conformada en su condición de veraneante en Espinho. Su iberismo, como pone de relieve Sáez, estaba anclado en un axioma insuperable para otros iberismos como el portugués, el gallego, el catalán o el vasco. Unamuno partía de la hegemonía irrefutable del español y de lo español. Evidentemente, un axioma que limita de modo considerable su papel de mediador entre culturas. Unamuno recibió el primer número de *Orpheu* acompañado con una carta de Pessoa de tono francamente cordial. En efecto, como el escritor portugués había manifestado, consideraba a Unamuno uno de los más interesantes escritores que «há hoje [en 1914] em Espanha». Nada más. Cuando el mismísimo Salazar invita al escritor español durante los fastos de celebración del Estado Novo organizados por António Ferro en 1935, Unamuno y Pessoa no comparten, que sepamos, ningún «momento estelar» y sí, como recuerda Sáez, una discrepancia por unas inoportunas declaraciones del escritor español en la prensa portuguesa. Pero esa distancia que parece insalvable entre estos dos creadores, no rebaja el ascendente que pudiera tener Unamuno sobre el poeta portugués en el último tramo de su vida y, claro está, de su creación. Pessoa, como también recuerda Sáez, le debe al soneto *Portugal* de Unamuno, publicado en *A Águia* en 1911, ese rostro de Portugal dibujado en *Os dos castelos*, el punto de arranque de *Mensagem*. La distancia en lo político, en lo nacional, los convertía en extraños en 1935. Pero tal vez precisamente por eso vale la pena retener hasta qué punto el joven Pessoa había asimilado la lección de Unamuno, la de 1911, que emerge en su poemario postrero y más deliberadamente patriótico. A pesar, pues, del retraso, de la falta de sincronidad, no por ello deja de ser una lección destacada e importante.

El iberismo o, mejor, los iberismos, deben ocupar un espacio relevante en las relaciones culturales entre los pueblos peninsulares, también, y en especial, en el caso Pessoa, cuyas contribuciones a este ámbito han merecido dos ediciones singularmente importantes en nuestro país: una de Víctor Martínez-Gil: F. Pessoa, *Escrits sobre Catalunya i Ibèria* (Barcelona: L'Avenç, 2007) y otra, del propio Sáez: F. Pessoa, *Iberia. Introducció a un imperialisme futur* (Valencia: Pre-Textos, 2013). El iberismo es un eficiente zahorí para detectar nombres o contextos en que el discurso de Pessoa, como el de cualquier portugués, podía hacer mella. Cuando Pessoa no era poeta (conocido), sino un autor de una proclama chocante en que se advertía la inminencia de un supra-Camões, obtuvo su eco prematuro más allá de Portugal, en Cataluña. El artículo en cuestión de Pessoa (en aquel tiempo: Pessôa), apareció en *A Águia* en 1912. Al año siguiente, en una introducción al movimiento de la Renascença portuguesa, Ignasi Ribera i Rovira, colaborador de *A Águia*, señalaba: «aquest ressorgiment ve a ser l'albada d'un nou esclat de la civilització d'un supra-Camões, l'esperança que Portugal aportarà alguna cosa nova a l'umana civilització». No cita a Pessoa, pero, a todas luces, Ribera i Rovira recoge su profecía para un público catalán.

Ribera i Rovira ilustra perfectamente hasta qué punto la lusitanística es indisoluble del ideal ibérico en nuestra primera mitad de siglo xx. También su funambulismo político nos advierte de que en buena medida pudieron llegar a ser circunstanciales los principios que defendió, entre otros el del mismo iberismo. De todos modos, señala Sáez, de la lista de envíos a España del primer número de *Orpheu* que Pessoa elaboró, la inmensa mayoría llevaban el destino de Barcelona. Había tomado nota por cuenta propia (y por Sá-Carneiro, residente ocasional de la capital catalana en 1914) de hasta qué punto era un espacio propicio para sus propuestas políticas y estéticas.

Sáez desarrolla perfectamente la evolución del canon de referencia para el público español de la poesía portuguesa. Guerra Junqueiro, Eugénio de Castro y, claro está, Teixeira de Pascoaes son, y por este orden, los polos de atracción para una diversidad de tendencias hispánicas que van más allá de lo estético o literario. Pascoaes, sin duda, configura su iberismo, su particular forma de ser portugués, en la visita que realizará a Cataluña en junio de 1918. El *saudosismo* encontrará en Cataluña el juego de equilibrio y de compensación necesario para redefinir un iberismo sin el peligro de la simple asimilación española. El iberismo catalanista también se sentirá necesitado de lo portugués como contrapeso respecto a lo español y, más aún, se considerará un resorte útil para la

internacionalización de la causa catalana. La primeriza recepción de Pessoa en España es indisociable de este marco ideológico en que los diversos nacionalismos peninsulares tratan de establecer nuevas hegemonías dentro y fuera de sus fronteras. Ciertamente, una preocupación que mantuvo el propio escritor portugués a lo largo de toda su vida.

La novedad en sí misma no significa un cambio de paradigma. El cambio se produce cuando lo nuevo se convierte en normativo. Y, en el caso de Pessoa, esta inflexión no es percibida con la rotundidad deseada ni en Portugal ni, claro está, en el exterior. La obra y su reconocimiento llegan en diferido y confieren a Pessoa una singular recepción. De hecho, como el autor del ensayo advierte, hay dos etapas destacadas de este primer y escaso marco de relaciones entre Pessoa y España: 1915, que coincide con el lanzamiento de *Orpheu*, y 1922-1924, alrededor de la revista *Contemporânea*. Sáez evidencia la poca información, el nulo contacto entre el escritor portugués y la cultura hispánica en los últimos diez años de su vida. Cuando algunos *presentistas* abogaban con rotundidad por su maestría, cuando su nombre se va erigiendo como el referente inexcusable de su generación, es también cuando su tarea literaria es más solitaria y ensimismada, no encuadrada en una actividad grupal. Aquí radica una de las diferencias respecto a la temprana recepción hispánica de Pessoa, inseparable de una actividad grupal, de revista o cenáculo. Pessoa es un nombre (más), acompañado de colegas o camaradas, inserido en la plaza de la modernidad lisboeta.

Hay, sin embargo, un leve y quizás equívoco testimonio de que algo estaba cambiando respecto a la imagen que proyectaba al resto de la península. Me refiero a la que seguramente es la última referencia en España de Pessoa en vida y que aparece en el *Anuario* del año 1935 de la Enciclopedia Espasa. Indudablemente el marco en que se inscribe es adocenado y de un valor muy relativo para juzgar su recepción. Sin embargo, por la escasez de referencias a Pessoa en este periodo, creo que vale la pena tenerla en cuenta. En este *Anuario* se resume la actividad literaria portuguesa y se detalla: «El maestro de esta generación [de *Presença*], Fernando Pessoa, ha reunido sus versos en un libro que se titula *Mensagem*». El clic se había producido: Pessoa era reconocido como el maestro de una nueva generación. Cierto que el redactor —que supongo que fue Carles Rahola— no debía estar muy informado ni del contenido de *Mensagem* ni tampoco de su autor. La muerte de Pessoa no trascendió en la prensa de nuestro país. Nos situamos a las puertas de la Guerra Civil que va a alterar la sociedad española y portuguesa y, cómo no, las relaciones culturales

entre los pueblos ibéricos. Rahola fue fusilado a la entrada de las tropas fascistas en Gerona tras un juicio tan sumarísimo como ignominioso. Se abría una etapa en que se resituaban autores, obras y tradiciones a partir de un sesgo ideológico que va a imponerse a hiero y fuego.

A toro pasado, en 1947, el recuerdo que Adriano del Valle construye en sus respuestas a una entrevista sobre Fernando Pessoa para un público portugués, tiene un deje de mitología literaria insuperable que empieza por el título: «Adriano del Valle, poeta da moderna Espanha, fala-nos de Portugal e recorda Fernando Pessoa». Ciertamente un documento que debe rescatarse, pero de un valor menor frente a otras opiniones y acciones de mayor cariz que también Sáez registra y que muestran claramente como lo moderno se ha convertido en normativo. Me refiero, por ejemplo, a las monografías de Joaquín Entrambasaguas (1946 y 1955), donde meridianamente se señala a Pessoa como el poeta portugués contemporáneo más importante, o a la de Ildefonso-Manuel Gil (1948), de otra generación, de otro signo político y estético, que abunda en el carácter excepcional y prescriptivo de su obra. Son opiniones para un público español desconocedor tradicional de la cultura portuguesa y que difícilmente la asocian a la modernidad. Balizas más certeras para el camino que conduce a Pessoa, el escritor imprescindible, del que, ya a finales de la década de los cincuenta, Ángel Crespo, su más pertinaz y perspicaz traductor, irá construyendo una imagen para el público español.

Pero también, añadido, cabría considerar el esfuerzo por parte del salazarismo por dar a conocer la literatura portuguesa, incluida su etapa de *modernismo*. La vanguardia literaria portuguesa fue también exhibida por el régimen fascista a su nación hermana. Hubo, por ejemplo, una versión española del compendio de José Osório de Oliveira, *Visión de la literatura portuguesa*, traducido por José Andrés Vasquez en las oficialísimas Edições SIN (Secretariado Nacional de Informação), editado en 1945. A pesar de lo escueto del panorama, Fernando Pessoa ocupa un espacio de privilegio como «poeta intelectual» y «doctrinador literario». Otro ejemplo, pues, de recorrido contrario, que registra el valor normativo de la novedad.

Ángel Crespo se establece como la figura *ante quem* del ensayo de Sáez, a partir de la cual se abre en España un horizonte de expectativas distinto no solo respecto a Pessoa, sino en general a toda la literatura en portugués. Indudablemente un caso singular en que un mediador cultural centralizó en buena medida el flujo de intercambios culturales entre ambas lenguas. Saéz apunta este trabajo pendiente, que no es poco, el de elaborar un recorrido más

exhaustivo de la recepción pessoana en España e Hispanoamérica en el último tercio del siglo xx, un trabajo arduo por la disparidad y cantidad de materiales. En su libro ha puesto los mimbres en la etapa preliminar, contrariada y compleja como pocas, para que Pessoa, el autor europeo imprescindible, pueda ser leído como lo que también sin duda fue: un escritor ibérico, nuestro más conspicuo escritor ibérico del siglo xx.

JORDI CERDÀ SUBIRACHS  
Universitat Autònoma de Barcelona  
jcerdas@uoc.edu